

benigno. Estas cosas son tan claras, que escusan mayor esplicacion, y doy por acabada la conferencia : descansad ahora, Eugenio, que bastante fatigada tendreis la cabeza. Vamos á leer las gacetas del norte que me han llegado esta mañana.

EUG. — Vamos.



TARDE CUADRAGÉSIMAOCTAVA.

DE LOS SOFISMAS O DISCURSOS CAVILOSOS. — DEL MÉTODO.

§ I.

Examen que se puede hacer de cualquier discurso para conocer si es bueno ó no.

EUG. — Sabreis, Teodosio, que he repasado los axiomas que ayer me disteis para los discursos, y despues de haber hecho reflexion sobre ellos, me persuado á que no me he de engañar ya con discursos errados.

TEOD. — Pues ahí mismo se os ha escapado un yerro y no pequeño, Eugenio. El saber distinguir siempre la verdad del engaño es cosa muy dificil; y por cierto que no lo seria si estuviéseis ya capaz de hacerlo.

SILV. — Filósofos he encontrado yo de tan agudo ingenio, que si quisieren os han de obligar á conceder la cosa mas manifestamente falsa. De suerte,

que estareis certísimo de una cosa, y tales discursos os han de formar, que negueis eso mismo de que estais muy seguro. Confieso que á esto pocos llegan; pero así debe ser, porque en cualquier ciencia son pocos los que llegan á su última perfeccion.

TEOD. — Y por este discurso os quiere Silvio insensiblemente persuadir que la última perfeccion de la filosofía racional, á que pocos llegan, es saber bien mentir, engañar y hacer errar á otros que sinceramente quieren ir camino derecho hácia la verdad. No permita Dios, Eugenio, que vos llegueis jamas á tal perfeccion.

SILV. — No podeis negar que en esto es donde se ve la delicadeza del ingenio.

TEOD. — La delicadeza del ingenio y la perfeccion de la filosofía racional está en descubrir la verdad oculta, cuando ella parece que estaba escondida en los profundísimos senos de la naturaleza. Aqui solo llegó un Newton descubriendo el mecanismo de los cielos, como si estuviese toda su fábrica entre las manos, ó haciendo anatomía de los mismos rayos del sol, mostrando á los ojos ya separadas las partes de que se componen. Aqui solo llegó un Galileo descubriendo la falsedad del horror del vacío, que tan atemorizado tenia al mundo, y pesando el aire que hasta entonces habia pasado por exento de la gravedad. Aqui llegó un Harvey descubriendo la circulacion de la sangre desconocida por tantos siglos. Aqui llegaron otros muchos modernos descubriendo á fuerza de un discurso sutilísimo y certísimo muchas verdades hasta entonces ignoradas. Esto sí que es la perfeccion de este arte, y no el en-

cubrir la verdad y entronizar el error. Pero en fin, Eugenio, siempre es preciso hacer estudio sobre la *sofística*; quiero decir, sobre este arte de formar discursos cavilosos, para no dejaros engañar de los que por malicia y pésimo gusto se sirven de ella. Pero antes que nos internemos en esta materia, quiero daros un axioma con que podreis hacer experiencia y prueba de si cualquier discurso es bueno ó caviloso.

EUG. — No me retardeis un momento axioma de tanta importancia.

TEOD. — *Confrontando la conclusion con las proposiciones antecedentes, si ella se incluye dentro de alguna es bueno el discurso; si no se contiene es malo* (proposicion noventa y cinco). Ya ayer os dije una cosa equivalente; pero ahora lo quiero explicar mas prácticamente, porque ya me habeis de entender mejor. Para que conozcais claramente y con facilidad si la conclusion se incluye en alguna proposicion antecedente, habeis de tener presente lo que ya dije: todo término tiene *estension* y *comprension*. Cuando el término es comun, que conviene á muchos sugetos, como por ejemplo *hombre*, que conviene á muchas personas, decimos que tiene *estension*, la cual es total cuando al término se junta la palabra *todo*, *ninguno*, *cualquiera*, ó cuando va despues de la negacion, porque esta lo escluye todo: esto es *estension*. *Comprension* del término es incluir en su idea ó concepto estos ó aquellos atributos, como v. g. *hombre*, que envuelve en su idea *ser viviente*, *ser mortal*, *ser criatura de Dios*, *ser corpóreo*, *ser discursivo*, etc. Todo esto se envuelve en

la *comprension* del término *hombre*. Esto supuesto para examinar si la conclusion de cualquier discurso se incluye en las proposiciones antecedentes, he de cotejarla con cualquiera de ellas; y como la conclusion solo se diferencia de cualquier proposicion antecedente en un término, no resta sino combinar este término con el otro en que se diferencian: si se incluye ó en la estension ó en la comprension es bueno el discurso: si no se incluye es caviloso. Pongo ejemplo y digo así.

Toda ingratitud es agena de un hombre honrado:
Todo pecado es ingratitud;
Luego todo pecado es ageno del hombre honrado.

Tenemos que examinar si la conclusion se incluye en la mayor: v. g. cotejemos una proposicion con otra, y para eso escribidlas con el lapiz por su orden. Id poniendo.

Toda ingratitud es indigna etc.;
Luego todo pecado es indigno etc.

Estas proposiciones solo se diferencian en que la conclusion dice *pecado*, la mayor dice *ingratitud*. Pregunto: ¿y el *pecado* no es una especie de *ingratitud*?

EUG. — Sin duda, porque es ingratitud á Dios.

TEOD. — Bien está: luego si el *pecado* se incluye en la estension del término *ingratitud*, claro está que la conclusion se incluye en la mayor, y queda el discurso aprobado.

EUG. — Pocas cosas he entendido tan completamente como esta: la diligencia de reparar en las

proposiciones escritas es indispensable para cotejarlas bien, que mentalmente no es facil ejecutarlo.

TEOD. — Confrontemos ahora la conclusion con la menor á ver si tambien se incluye en ella: escribidlas para cotejarlas.

Todo pecado es ingratitud;
Luego todo pecado es indigno de un hombre de bien.

Aquí solo se diferencian en que una dice *ingratitud*, otra dice *indigna de un hombre de bien*. Ahora, pues, en la idea de la *ingratitud* no se hallará: ¿que es cosa indigna de un hombre de bien?

EUG. — No hay cosa mas abominable, mas fea, ni mas indigna de un hombre honrado que ser ingrato á su bienhechor. Quien me llama *ingrato* me aplica cuantos epitetos feos y viles puede aplicarme. Yo en el concepto de la ingratitud tengo que es una cosa vilísima é indigna de la honradez, de la razon, de la cristiandad y de la civilidad.

TEOD. — Está bien. Pues si eso es así, ya la conclusion se incluye tambien en la menor. Por eso si yo digo solamente: *todo pecado es ingratitud, luego es indigno de un hombre honrado*, discurro bien, porque en la proposicion antecedente se incluye la conclusion.

EUG. — ¿Y será preciso que la conclusion se incluya no solo en una de las proposiciones antecedentes sino en ambas?

TEOD. — Siendo el silogismo negativo debe constar de una premisa negativa, y otra afirmativa, y la conclusion siempre ha de ser negativa. Y siendo

esta así, solamente se puede incluir la conclusion en la premisa negativa. Pero siendo el silogismo afirmativo, puede contenerse en cualquiera de ellas; pero siempre sale mas claro si se busca en la que sirve de regla general; y en hallándola en una proposicion, es escusado buscarla en la otra, porque ya se sabe que puede de ella nacer y deducirse.

EUG. — Ya comprendo la diferencia de los silogismos afirmativos á los negativos; y por esa razon mucho mas facil será de conocer la sofistería de estos.

TEOD. — Estais equivocado, porque los negativos dan en cierto modo mas ocasion á los engaños; y si no vedlo por esperiencia: suponed que yo digo así:

*Vos no sois Silvio:
Silvio es hombre;
Luego vos no sois hombre.*

¿Qué respondeis á esto? Las premisas son ciertas, y la consecuencia parece bien deducida; pero ciertamente que no lo es: ¿donde está el vicio?

SILV. — ¿Qué, os reís? El reirse no es responder: ya que estais tan adelantado en esta instruccion responded á esto.

EUG. — ¿Cómo he de responder si está probado que no soy hombre? Teodosio con un discurso me dispensó del trabajo de responder, porque me privó de la racionalidad: como él es lo que yo no soy, puede tener el juicio que yo no tengo, y decir lo que yo no digo.

TEOD. — Está bien; pues vamos á examinar por

el axioma que os dí si la conclusion se contiene dentro de alguna premisa. Pero antes que lo pongamos por obra, atended á una doctrina muy importante. Mirad, Eugenio, puesta una cosa se ponen todos los atributos que ella tiene; pero negada esa cosa, no por eso se niegan todos sus atributos. Pongo ejemplo: la mentira tiene estos atributos: *ser fea, perjudicial, ser contra la honradez, ser prohibida, etc.*; donde quiera que me pongais *mentira*, seguramente podreis poner *fea, perjudicial, prohibida, etc.* Pero de quien negareis la mentira, no por eso habreis de negar aquellos atributos; porque si dijereis *el hurto no es mentira*, no podreis decir: luego no es *feo*, no es *perjudicial*, no es *prohibido, etc.* Supongo que entendeis esto: falta dar la razon. Esta es la que ya dije muchas veces: *puesto el todo se pone la parte; pero negado el todo, no por eso se niega la parte.* Ahora, pues, como cualquier atributo ó predicado de una cosa es en cierto modo parte de ella, se sigue claramente la doctrina que os dí, que quiero que grabeis bien en vuestra memoria, como el que en la carta de marear nota los bajíos en que tenia peligro de perderse para desviarse siempre de ellos: *puesta cualquier cosa podemos poner todos los atributos que ella tiene. Pero negada cualquier cosa, no es seguro negar todos sus atributos* (proposicion noventa y seis).

EUG. — Teneis razon en decir que esa doctrina es muy importante. Id esplicándola.

TEOD. — Ahora tiene uso el axioma que acabo de daros: quien fuere Silvio ha de tener todo cuanto él tiene; pero quien no fuere Silvio no queda por

eso privado de todos los atributos de que él goza. Quien fuere Silvio ha de ser *médico*, ha de ser *rico*, ha de tener mucho *juicio*, ha de tener *genio jocos*, y ha de ser *hombre*. Pero quien no fuere Silvio bien puede tener muchos de los atributos y predicados que en él hay. Es menester, Eugenio, mucho cuidado con las conclusiones negativas; cuando las compareis con las premisas no habeis de comparar predicado con predicado, v. g., aquí no debeis comparar *hombre* con *Silvio*, sino que habeis de comparar *no ser hombre* con *no ser Silvio*; y luego vereis como la conclusion no se envuelve en la mayor, porque *no ser hombre absolutamente* es mas que *no ser Silvio*; y como lo mas no se puede incluir en lo que es menos, ya queda manifesto que la conclusion que dice *no sois hombre* no se puede envolver en la mayor que dice *no sois Silvio*. Al contrario de lo que seria si el silogismo fuese afirmativo con el mismo artificio. Suponed que yo dijese :

Vos sois Silvio:
Silvio es hombre;
Luego vos sois hombre.

Diria bien, porque *ser Silvio* es mucho mas que simplemente *ser hombre*; luego diciendo la conclusion *sois hombre*, y la mayor *sois Silvio*, menos dice la conclusion que la mayor, y viene á quedar incluida en ella, y á ser bueno el discurso. Ved la diferencia que hay de la conclusion negativa á la afirmativa.

EUG. — Ya estoy bien enterado de ella, y confirmado en el axioma que me acabais de dar.

§ II.

De dos señales para conocer que la conclusion no se contiene en las premisas.

TEOD. — Quiero daros algunos señales para que fácilmente y como á primera vista conozcais las conclusiones que no se contienen en las premisas. La primera es, *siempre que un término en la conclusion se toma generalmente, no habiéndose tomado así en la premisa, ya esta no contiene la conclusion* (proposicion noventa y siete). La razon es, porque el término tomado generalmente tiene mas estension que cuando no se toma así: luego en la conclusion resulta en cierto modo mayor que en la premisa, y por consiguiente no se puede comprender en ella.

SILV. — Eso es lo que en las aulas se explica diciendo que en la conclusion no se ha de distribuir término alguno que no se halle distribuido en las premisas.

TEOD. — No hay duda que eso mismo es: voy á poner ejemplo, y quedará explicada la regla.

Todo avariento es vicioso:
Algunos ricos son avarientos;
Luego todos los ricos son viciosos.

Este discurso iba siendo bueno; pero la conclusion lo echó á perder, porque debia decir algunos

ricos, y dice *todos los ricos*; y esto le perjudicó mucho por la regla que acabo de dar : quien dice todos los *ricos*, los comprende á todos, y en la menor solo se hablaba de algunos : luego resulta mas amplia la conclusion que la menor, y ya no puede caber dentro, y por lo mismo tampoco puede nacer de ella.

SILV. — No digais mas, que está clarísimo, solo falta saber si Eugenio se acuerda de las señales por donde se conoce que un término está distribuido, ó se toma generalmente.

EUG. — Cuando tiene antes de sí la palabra *todo*, *ninguno* ó *cualquiera*.

TEOD. — Y tambien cuando el término está negado y excluido, teniendo antes de sí la palabra *no*; porque quien niega y excluye un término, excluye todos sus individuos absolutamente.

EUG. — Ya me dijisteis eso, y habeis hecho bien en acordármelo otra vez. Vamos á la otra señal que deciais.

TEOD. — Muchas veces os he dicho que para que el discurso sea bueno es menester que haya una regla general, que debe aplicarse al sugeto de la conclusion. Para esto, pues, conviene que un mismo término vaya en ambas premisas, y á este término llamamos *medio*. Digo ahora : *todas las veces que el medio en ninguna premisa se toma generalmente es el discurso malo* (proposicion noventa y ocho). La razon es, porque en este caso puedo en una premisa tomarlo por unos sugetos, y en otra por otros, y así no sale una premisa bien esplicada por la otra.

Con ejemplos me esplicaré mejor. Digo así : escribid ahí, Eugenio.

Todo avariento es vicioso :

Todo pródigo es vicioso ;

Todo pródigo es avariento.

Este discurso no es bueno, porque el *medio* es la palabra *vicioso*, y no se toma generalmente en la primera ni en la segunda. En la primera se habla de unos viciosos que guardan el dinero como reliquia : en la menor se habla de otros viciosos muy diversos que lo desparraman como arena ; así no se unen estas proposiciones, ni es esplicacion la una de la otra. Aunque ambas lleven la palabra *todo*, esto solo tiene virtud para hacer tomar generalmente el sugeto ; pero no llega su virtud al predicado. Pondré otro discurso, cuya distribucion llegue al predicado, y vereis como sale bueno. Digo así :

Ningun santo es vicioso :

Todo pródigo es vicioso ;

Luego ningun pródigo es santo.

Este concluye bien, porque en la mayor se habla de todos los viciosos, y por consiguiente tambien los pródigos se comprenden allí. Si lo entendeis bien pasemos á otra cosa.

EUG. — Si lo entiendo : estad sin cuidado ¹.

¹ Véase la nota VII al fin del tomo.